

CULTURA



¡ENTUSIÁSMATE!

DIEZ HITOS PARA ENCONTRAR LA ALEGRÍA

EMILIO CHUVIECO



EMILIO CHUVIECO SALINERO

¡ENTUSIÁSMATE!
DIEZ HITOS PARA ENCONTRAR LA ALEGRÍA

ARGUMENTOS PARA EL
SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco

© Autor: Emilio Chuvieco

© Digital Reasons, 2016

www.digitalreasons.es

info@digitalreasons.es

Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Ficha bibliográfica: Chuvieco Salinero, Emilio (2017):
¡Entusiásmate! Diez hitos para encontrar la alegría, Madrid
(Digital Reasons).

Diseño de cubierta e interior: Enrique Chuvieco. Imagen
portada: montaje a partir de imagen Shutterstock-426453055

ISBN: 978-84-946046-2-1

Depósito Legal: M-5506-2017

Impresión: Publicepe. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y está libre de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prólogo	7
1. Confianza	13
1.1 «Sólo una cosa es necesaria»	13
1.2 Amistad con Jesucristo	17
1.3 La alegría de la Fe.....	20
2. Diálogo	27
2.1 ¿Para qué sirve rezar?	27
2.2 Lo tienes muy cerca	30
2.3 ¿Cómo hacer oración?	37
2.4 Oración y alegría	43
3. Libertad	47
3.1 Sin libertad no se puede amar a Dios	47
3.2 «La verdad os hará libres».....	51
3.3 La libertad en el trato con Dios.....	56
4. Generosidad	63
4.1 Mirar al otro	63
4.2 Abrirse al Misterio	67
4.3 Alegría y significado	73
5. Frugalidad	77
5.1 El sentido de los bienes materiales	77
5.2 La pobreza como virtud.....	80
5.3 Como los lirios del campo	83
6. Humildad	89
6.1 «Conócete a ti mismo»	89
6.2 La soberbia es antipática.....	95
6.3 Sencillez	99
7. Laboriosidad	105
7.1 El trabajo nos ennoblece.....	105
7.2 Trabajar junto a Jesús	110
7.3 Coherencia	114
8. Abnegación	119
8.1 Sentido del sacrificio.....	119

8.2	Aceptar el dolor	125
8.3	Alegría en el sacrificio.....	127
9.	Amistad	131
9.1	Amistad y confianza	131
9.2	Comunicar la alegría.....	135
9.3	Amabilidad.....	139
10.	Filiación	143
10.1	Hijos de Dios	143
10.2	Hijos de María	146
10.3	Una alegría permanente.....	151
11.	Referencias	157

La mitad de la alegría reside en hablar de ella
(Proverbio Persa)

*Cuanto mayor sea tu alegría al enseñar,
tanto mejor será la disposición del que escucha*
(San Agustín)

Prólogo

Cuando estaba acabando mis estudios de bachillerato cayó en mis manos la novela de Miguel Delibes: «La sombra del ciprés es alargada», ganadora del premio Nadal en 1947. Su lectura me resultó fascinante, aunque apenas recuerdo ahora los pormenores de la historia que narra el gran escritor castellano. Sí recuerdo dos detalles que me impactaron. Por un lado, me llamó la atención que una obra tan madura saliera de la pluma de un escritor tan joven. Recordemos que fue la primera novela de Delibes, que tenía en ese momento 27 años. En segundo lugar, me llamó la atención el tono pesimista que impregnaba la obra (el protagonista parece tocado por una permanente desgracia), sobre todo teniendo en cuenta precisamente que había sido escrita por un autor tan joven.

Tuve la suerte de criarme en un hogar humilde pero muy entrañable, donde mis padres se querían profundamente y nos mostraban ese mismo cariño. Tuve una infancia sencilla, con medios económicos muy limitados, pero nada problemática, en un ambiente social y cultural que concebía la vida con un carácter generalmente esperanzado, por lo que en esos primeros años de mi adolescencia toparme con historias de final infeliz me resultó un tanto desconcertante. Con el paso de los años, he podido comprobar que la vida tiene más sinsabores de los que uno aprecia en una infancia pacífica, aunque tantas veces se magnifiquen por una sociedad que parece regodearse más con las malas que con las buenas noticias.

Esa visión pesimista me parece especialmente nítida en los intelectuales de Occidente, que dejan entrever en sus obras una visión desesperanzada, como la que observé en aquella novela de Delibes. Podemos poner muchos ejemplos (novelas, ensayos, películas, teatro...) de esa visión taciturna que parece dominar una cultura, la occidental, que ha sido seguramente la más fructífera de la Historia. ¿A qué es debido eso? ¿Por qué nos empeñamos en enfatizar los puntos oscuros de la condición humana frente a sus muchas bondades?

En mi opinión esta actitud no es una consecuencia de que nuestra sociedad sea conflictiva en sí misma. Naturalmente que hay problemas laborales, económicos y humanos muy variados, pero sería injusto atribuirles la causa de la desesperanza de Occidente. No hemos de olvidar que, con cualquier indicador que elijamos, podemos afirmar que nuestros países viven en su mejor época, tanto en relación a medios materiales como a protección social (educación, sanidad, desempleo). Si se miran esos indicadores en cualquier otra área cultural actual (o del pasado histórico), tener una visión desesperanzada parece realmente contradictorio. No se trata, por tanto, de una crisis cultural provocada por los problemas objetivos que tenemos, sino más bien es fruto de una pérdida de confianza en nuestros valores, en nuestra capacidad de promover el progreso. La sociedad occidental se ha dejado llevar por los profetas del nihilismo que desde la Ilustración han criticado inmisericordemente sus cimientos, sus logros y sus fortalezas, no aportando nada a cambio.

Sin ánimo de extenderme en el análisis de este fenómeno cultural tan complejo, estoy bastante convencido de que este pesimismo «de fondo» que ahoga la sociedad occidental es fruto de su pérdida de la visión cristiana de la vida, del rechazo de Dios en un mundo que ya no

lo considera necesario. Como dice uno de los primeros cardenales africanos de la Iglesia católica: «En el mundo posmoderno Dios se ha convertido en una hipótesis superflua, cada vez más alejada de las distintas esferas de la vida» (Sarah, 2015: 206). Quizá ese alejamiento práctico de Dios que se palpa en Occidente sea fruto de haber puesto la esperanza en los medios materiales de que disfruta. Pero como lo material por definición es efímero, una esperanza sin Dios tiene un corto recorrido y se pierde fácilmente, porque cuanto más intentamos prescindir de Dios, más se evidencia su necesidad. Perder la fe en Dios genera un vacío existencial que no se llena con bienes materiales o con ideales más o menos difusos. Se pierde la Esperanza, con mayúscula, y se intenta generar un paraíso en la tierra que nunca acaba de llegar, porque es utópico. Con la Esperanza se pierde el optimismo y la alegría ante el futuro, domina una cultura sin convicciones que no propone nada porque no está convencida de nada. Perder la fe en Dios tampoco supone engrandecer al ser humano, como pretendían hacernos creer los partidarios de un laicismo supuestamente humanista, sino más bien al contrario.

Ahora bien, no estamos obligados a aceptar esa visión ceniza de la realidad, ni desde luego a permitir que acongoje nuestra vida. Podemos hacer muchas cosas para buscar escenarios y motivaciones alternativas. Si la causa de ese pesimismo de Occidente es su pérdida de la Fe, hagamos lo que esté en nuestra mano para que al menos se plantee su necesidad y empiece a recuperarla. Es tarea de todos porque todos estamos inmersos en esta sociedad, que por otra parte tiene tantas cosas estupendas. El reto es muy ambicioso, pues me parece que no se trata de restaurar, sino de proponer algo nuevo. Vivimos en una sociedad post-cristiana, que es consciente de sus

carencias e intenta paliarlas acudiendo al consumismo, al neopaganismo o a las tradiciones espirituales orientales. El cristianismo se considera para muchos agotado, carente de soluciones. Ahí está nuestro reto. Quienes procuramos acompañar a Jesucristo en los caminos del s. XXI tenemos la responsabilidad de mostrarle como Camino, Verdad y Vida. Cada uno puede poner su ingenio al servicio de esa tarea, aunque nuestro principal cometido es revelar a Jesús con nuestra vida. Mostrar la alegría y la esperanza que proclamamos. De ahí vendrá luego el diálogo, porque muchos nos pedirán «razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3: 15), y tan sólo bastará mostrarles el rostro amable de Jesús, para que ellos mismos se acerquen a Él. Me parece que el mejor argumento para proponer el encuentro con Cristo a quien se sienta muy alejado es el que recoge el Evangelio de san Juan: «Ven y verás» (Jn 1:46): que sean ellos mismos los que lo descubran.

Pretendo mostrar en estas páginas la conexión entre la Fe en Dios, tal y como la entendemos los cristianos, y la alegría existencial. Son muchos los autores espirituales que hablan de la alegría, pero todavía tenemos que hacer un esfuerzo especial para mostrarla en nuestras vidas y darla a conocer a quienes conciben la Fe como una colección de preceptos y la vida cristiana como una constante renuncia que amarga la existencia. Nada más alejado de la realidad, pues cualquier alma que busque, de verdad, vivir cerca de Jesús acabará llenándose de su alegría y dándola a los demás. «Un santo triste es un triste santo» decía San Francisco de Sales, para mostrar la diferencia entre ser santo y parecerlo. El actual papa Francisco no puede ser más explícito en su propuesta sobre la alegría que acompaña a la Fe, tanto en su permanente sonrisa, como en sus escritos, particularmente en sus exhortacio-

nes apostólicas: «La alegría del Evangelio» y «La alegría del amor», que citaré en estas páginas.

Desarrollaré esta conexión entre alegría y fe en diez capítulos que pretendo sirvan como un itinerario para avanzar en el camino de la alegría. Cada capítulo será como un punto de referencia (un hito) en el camino que conduce a un cambio de actitud vital. Intentaré mostrar, a lo largo de estas páginas, en una pequeña selección de temas, que el trato con Jesús es siempre gratificante, siempre facilita una visión más plena de las cosas, aunque también es exigente, porque Dios, que es dueño de todo, no quiere conducirnos como marionetas: necesita que tomemos la iniciativa, que mostremos deseos de agradarle, o al menos de querer tenerlos. Mirar nuestra vida, nuestro entorno de relaciones personales y profesionales, con ojos de fe es siempre mirarla con un sentido nuevo que nos aporta una alegría que supera las limitaciones de carácter o los problemas objetivos que abordamos. Es cuestión de mirar más allá, no de quedarse en esas situaciones, sino de trascenderlas, de ponerlas en una dimensión de eternidad.

Me comentó hace años un amigo especialista en filología clásica que la palabra «entusiasmo» proviene del griego *enthousiasmós*, que puede traducirse por raptó o posesión divina. En definitiva, estar entusiasmado es estar «lleno de Dios». Esa es la razón última del título que he escogido para este libro. Entusiasmarse no es fruto de un placer pasajero, sino de algo mucho más permanente porque quien se llena de Dios ha encontrado la verdadera raíz de la alegría, una alegría duradera que resiste los embates de las tormentas y los terremotos de la vida.

Redacté la primera versión de este libro en 2010. Sin cambiar su estructura fundamental, lo completo ahora con textos y con algunas anécdotas personales que intentan ilustrar las ideas que quiero transmitir. He escrito

este libro tanto para quienes la fe es una referencia firme, como para los que tienen una imagen un tanto diluida, o quizá olvidada en el baúl de la adolescencia, de la figura de Jesucristo, del meollo de la fe, de sus consecuencias prácticas. Mi mayor entusiasmo será saber que a ambos potenciales lectores ha servido su lectura, a algunos quizá para reflexionar sobre esa fe apagada, a otros para disfrutar más plenamente esa alegría de la fe y para comunicarla a quienes les rodean.

Emilio Chuvieco Salinero

Madrid, Navidad 2016



Confianza

La primera respuesta es precisamente la Fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el «sí» de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor (Benedicto XVI, 2012).

El itinerario del entusiasmo se inicia por reconocer que nuestra vida alcanza su verdadero significado cuando se proyecta a la luz de Dios. Nos entendemos y nos explicamos cuando nos vemos como Dios nos ve. La mirada de Dios nos muestra una tercera dimensión que nos engrandece, elevando nuestra visión plana de las realidades cotidianas.

1.1 «Sólo una cosa es necesaria»

Tal vez muchas personas alejadas de la fe piensen que la práctica religiosa es un conjunto de actos más o menos rituales, fríos, casi mecánicos, como si todavía la fe tuviera por principal objeto aplacar la ira de un dios vengativo. Se trata, evidentemente, de una caricatura de la verdadera religión, en donde el principio básico es conocer y amar más a Dios, no tanto evitar enfadarle. Imaginemos que una persona, tras emprender un costoso viaje, llegara a un afamado restaurante y, tras una larga lista de espera, al sentarse a pedir la comida toda su obsesión fuera elegir cosas que no hicieran daño a su salud, sin importarle si los manjares eran o no exquisitos: ¡Vaya manera de disfrutar de un menú! Para eso no

es necesario desplazarse, basta con ir a un restaurante de barrio o al supermercado de la esquina. Con las limitaciones de un ejemplo, considerar al cristianismo —o, si se quiere, cualquier religión— como un conjunto de preceptos a cumplir, sería perderse los mejores manjares, convirtiendo una experiencia espiritual excelente en una sensación rutinaria.

En un entrañable pasaje del Evangelio de San Lucas se nos narra la visita de Jesús a sus amigos Marta, María y Lázaro. Marta se afanaba en las tareas domésticas, con la estupenda intención de atender mejor a Jesús. Mientras, su hermana María sentada a los pies del Señor escuchaba su palabra. Acercándose (Marta), le dijo:

«Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude». Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Lc 10, 39-41)¹.

La buena de Marta no tenía mala intención al prestar menos atención directa al Señor; todo lo contrario, lo que quería era agradarle, preparándole un buen alojamiento y comida, pero había perdido de vista lo esencial. Había confundido el medio con el fin. María entendió mejor a Jesucristo, y por eso había captado que la mejor manera de atenderle era precisamente estando pendiente de lo que decía, escuchándole embelesada, como sólo saben hacerlo las personas que saben querer. Esa es la esencia del cristianismo: tratar a Jesús, desear estar con Él, meterle en nuestra vida para que la transforme, en definitiva

1 Todas las citas de la Sagrada Escritura que incluye este libro están tomadas de la Biblia de Jerusalén. Se indica el capítulo y los versículos, separados por dos puntos. Para el resto de autores, se señala en el texto, entre paréntesis, el autor, año y página de la cita, referenciándose la lista completa al final del libro.

dejarnos amar por Dios y amarle. Eso es lo único importante, lo demás, si ayuda en esa línea, estupendo; si no, nos estorba.

Si quitamos al cristianismo la inteligencia y el corazón que centran en Jesús sus afanes, todo queda reducido a muy poca cosa, se pierde el sentido último y resulta muy poco atractivo. No es ésa la esencia de nuestra Fe, sino más bien una caricatura que quizá haya crecido con una mezcla de ideas confusas y experiencias decepcionantes. Conviene recordar que la liturgia es manifestación del amor a Jesucristo, no el cumplimiento de un ritual cíclico; que los sacramentos son señales y fuentes de la Gracia que nos concede Dios para tratarle más intensamente, no meros actos protocolarios; que la Iglesia es la reunión de los que queremos hacer de Jesucristo el eje de nuestra vida, no un instrumento de control político y social; que la esperanza del Cielo es la confianza en una felicidad sin fin, con quien queremos amar sobre todas las cosas, no un socorrido consuelo para situaciones angustiosas... En pocas palabras, el meollo del cristianismo es el amor a Dios y a los demás. Todo lo demás está al servicio de esa meta. Con palabras hermosas lo recordaba Juan Pablo II en el jubileo con la juventud del año 2000:

En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis en la felicidad; es Él quien os espera cuando nada de lo que encontráis os satisface; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar por el conformismo; es Él quien os empuja a quitaros las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar (Juan Pablo II, 2000).

Los cristianos procuramos vivir acordemente con la Ley de Dios no porque temamos el castigo divino, al menos

no como causa principal, sino por el placer de agradar a quien sabemos que nos ama. «Hacedlo todo por amor», recomendaba San Josemaría Escrivá, y es un consejo que sirve para todos los cristianos, de cualquier época y lugar. Eso es lo más importante de nuestra existencia, como seres humanos y como cristianos: el amor que hemos dado y el que hemos recibido; y no hemos de perder de vista que Dios no se cansa nunca de querernos, y que de ese amor que recibimos se alimenta el que podamos dar.

Nuestro actuar moral no debería estar ligado a la idea de premio y castigo, sino de modo primordial al amor que todo hijo procura a su padre bueno. Esto es perfectamente compatible con la esperanza del Cielo o el temor al Infierno, que nos ayuda en momentos especialmente delicados de nuestra vida, pues también el ser humano necesita estar seguro de que las piezas acabarán encajando, de que la justicia se cumplirá y alcanzaremos una felicidad sin límites. Bien lo expresa uno de los grandes novelistas rusos:

...la sola idea constante de que exista algo infinitamente más justo y más feliz que yo me llena totalmente de desmedida ternura y de gloria, sea yo quien sea, haya hecho lo que haya hecho. Para el hombre, bastante más indispensable que su propia felicidad es saber y creer en todo momento que existe un lugar donde hay una felicidad perfecta y calma para todos en todo (Dostoyevski, 1873:1507).

Al cristianismo no se llega por pura reflexión intelectual, que no cabe duda es muy importante en el camino de la fe, sino por la aceptación vital de una Persona, con mayúscula, que da sentido a todo. Como bellamente dijo Benedicto XVI en su primera encíclica:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (Benedicto XVI, 2006: n.1).

Por tanto, el cristianismo no es un esquema mental (una ideología), ni un conjunto de recetas doctrinales, sino un itinerario vital que nos lleva a buscar, a conocer y a amar a Jesucristo, a quien reconocemos como Dios encarnado en el tiempo. Lo demás es una consecuencia de esto. Si amamos a Jesús nos encantará recibirle sacramentalmente y participar en el memorial de su pasión, que eso es la Santa Misa, o acudir al perdón de los pecados, en la confesión, o recitar una serie de oraciones que nos ayuden a tenerle presente en lo que hacemos, simplemente porque se trata de medios que nos ayudan a conocerle y tratarle con mayor intimidad, no porque sean una especie de moneda de cambio para nuestra salvación. Lo importante es nuestro amor a Dios, por un lado, y cómo aceptamos el amor de Dios en nuestras vidas, por otro. Lo demás, sólo si nos ayuda en ese objetivo.

1.2 Amistad con Jesucristo

Para amar a Jesucristo, tenemos que empezar por conocerle, a través de los escritos de quienes convivieron con él, de quienes le han seguido de cerca a lo largo de la Historia. El Nuevo Testamento, y especialmente los cuatro Evangelios, deberían ser lectura imprescindible para cualquier cristiano, pues nos hablan de la vida de Jesús y del nacimiento de su Iglesia, nos indican cómo actuaba, qué decía, las personas con quienes convivió, los discípulos que le siguieron. San Josemaría Escrivá, si-

guiendo una larga tradición en la Iglesia, recomendaba que leyéramos el Evangelio haciéndolo parte de nuestra vida, reflexionando sobre su contenido, participando con la imaginación en las escenas que nos relata el texto. Su-gería contemplar el Evangelio «como un personaje más», siendo parte de los parajes que contempló Jesús, de las personas con las que habló, de los que le trataron más intensamente. Familiarizarse con los parajes que recorrió, con el entorno histórico donde vivió, con las costumbres de su tiempo también nos ayudará a enriquecer nuestra imagen de Jesús.

El cristianismo es encuentro con Jesucristo, ésa es la clave, lo demás son hojas que no deberían impedirnos ver el cogollo, y si alguna vez es así, recordemos cuál es el punto de partida. Hace algunos años, viajaba con dos colegas en un viernes de Cuaresma. Cuando paramos a comer, recordé que la Iglesia nos sugiere en ese periodo ofrecer el pequeño sacrificio de no comer carne los viernes, así que pedí unos guisantes y un pescado. Resulta que los guisantes venían con jamón. Al mostrar mi contrariedad, uno de los que me acompañaban, además de brindarse ge-nerosamente a cambiarme el plato (sus judías no traían jamón asociado), me indicó que le explicara por qué seguía esos preceptos, que a él le parecían ya fuera de lugar. Me disponía a darle una explicación sucinta del sentido de la Cuaresma y de lo que implicaba un pequeña auto-renun-cia a ciertos gustos en ese periodo, pero finalmente decidí no hacerlo, ante el riesgo de que mi amigo pensara que eso era la finalidad última, y no un medio para vivir mejor un periodo de preparación para la Semana Santa. En pocas palabras, pensé que podría quedarse con la impresión de que vivía una práctica por la norma en lugar de por el sen-tido que da razón a esa norma, así que me excusé diciendo que había tantas cosas que explicar antes para llegar a ese

punto que no valía la pena centrarse en algo tan pequeño, aunque con gusto le expondría otras cosas más importantes si tenía interés en ello.

Me parece que es mejor evitar la polémica sobre consecuencias de algo que la persona con quien se dialoga no puede entender en su profundidad, sin comprender antes otras cosas mucho más importantes. Tal vez así evitaremos discutir sobre aspectos laterales del cristianismo (determinados aspectos morales o las consabidas *riquezas* de la Iglesia, suelen ser los más frecuentes en España), sin centrarnos en lo que realmente es importante, lo que explica lo demás. En definitiva, me parece que no ayuda mucho dar la sensación de que lo que realmente nos preocupa es vivir ciertas prácticas externas, en lugar del fondo último al que esas prácticas apuntan. Es como si un marido concretara el amor por su esposa únicamente en felicitarla el día de su cumpleaños, o en enviarle flores en su aniversario, aunque luego se preocupara bien poco de las cosas que a ella le importaran. El amor se concreta en detalles, pero no se restringe a ellos: o los excede o se convierte en protocolo. Los detalles de cariño habitualmente muestran un sentimiento más profundo, muestran que aquella persona nos importa realmente, y nuestra intención no es simplemente cortesía o afán de quedar bien. ¿Le parecería razonable a una persona enamorada de otra preguntar si era obligatorio (*de precepto*), o no, tener un cierto detalle de cariño?

Con frecuencia, en las discusiones con cristianos que han colgado su fe en el perchero nos centramos excesivamente en las consecuencias de la fe (en temas morales, principalmente), y no llegamos a tocar el punto clave, la raíz de todo: ¿existió Jesucristo?, ¿era Dios?, ¿para qué se hizo hombre?, ¿cuál fue su mensaje?, ¿cómo quiso que se mantuviera ese mensaje en el tiempo?, ¿qué impacto

tiene eso en nuestra vida? A mi modo de ver, éstas son las preguntas clave, las que explican todo lo demás, y de ellas dependen las decisiones morales, que no se entenderán si no se han comprendido y aceptado sus fundamentos.

Algunas de estas respuestas no requieren en realidad fe, sólo saber Historia, pues la figura de Jesucristo es tan fidedigna como la de cualquier personaje de los que figuran en nuestros manuales de Historia antigua. Es más, de la existencia de Cristo, de lo que hizo y enseñó, tenemos inmensamente más testimonios escritos que de la mayor parte de los gobernantes, filósofos o científicos de hace dos milenios (ver, por ejemplo, Chuvieco, 2009, cap. 3).

Ahora bien, la aceptación de Jesucristo como Dios y salvador nuestro no se basa en la Historia sino en la Fe, requiere un acto libre, una decisión basada en el convencimiento personal, que nadie puede violentar. Ahí el cristianismo requiere una apuesta personal, un dejarse llevar, una confianza en Alguien, que acaba dando sentido a todo.

La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una prueba de lo que aún no se ve (Benedicto XVI, 2007).

1.3 La alegría de la Fe

Para un cristiano, el amor a Jesucristo empapa cada momento del día: el trabajo y el descanso, las relaciones de amistad o de familia, las situaciones cotidianas o las inesperadas, si sabe darse cuenta de que Él está continuamente a su lado. En definitiva, aceptar la Fe no sólo

es una decisión intelectual, sino que afecta también a nuestro modo cotidiano de vida, aparentemente similar al de otras personas no creyentes, pero que debería estar empapado de un sentido nuevo. Nos lleva a ver las cosas con los ojos de Dios, como Dios las ve.

Con la fe cambia incluso el modo de contemplar el mundo. Consigues mirarlo con nuevos ojos. De ninguna manera es cierto que los cristianos no amemos la vida. La verdad es exactamente la contraria (...) Toda cosa buena se vuelve sagrada si se mira con los ojos de la fe, si se la envuelve con amor de Dios (Borghese, 2006: 79-80).

Con esta visión, por ejemplo, el trabajo adquiere una dimensión nueva, ya que trabajar bien se convierte en una ofrenda a Dios, a quien no podemos brindar chapuzas, y, por Él, en un servicio a sus criaturas, y no simplemente en ocasión de quedar bien ante el jefe, o de garantizar un mayor ingreso o promoción profesional. La fe nos llevará, asimismo, a enfocar las cosas buenas que nos ocurren como gracias recibidas de Dios, agradeciéndole esos dones, y las menos agradables como señales de que Jesús también nos espera en la Cruz, para pedirle su fortaleza. La fe lleva a ver los sucesos aparentemente desgraciados con esperanza, pues al frente de esta nave de la vida está Dios, que es nuestro Padre y es Todopoderoso, que de alguna manera sacará bienes de esa aparente desgracia.

Puesto que la fe no es sólo admitir o no una serie de principios, sino más bien reconocer o no a una Persona, Jesús, que nos interpela con su vida, la aceptación de la fe supone una transformación vital, una conversión. Uno puede cambiar sus opiniones sobre cuestiones políticas o científicas sin que ello suponga mayor quebranto en su forma cotidiana de vivir. Si pasamos de negar a aceptar la

teoría de la evolución, podemos tener una mayor consideración a los animales o a otros seres vivos, ya que todos al fin y al cabo son nuestros parientes genéticos, pero seguramente no tenga un gran impacto en nuestra vida cotidiana. Cambiarnos de equipo de fútbol tampoco parece que suponga alteraciones drásticas en nuestra existencia, salvo que sean más o menos jocosos los comentarios de los colegas de trabajo los lunes por la mañana, dependiendo del partido de la noche anterior. Sin embargo, adherir nuestra vida a Jesucristo tiene múltiples implicaciones en nuestros valores y, a la vez, manifestaciones concretas que pueden llegar a alterar notablemente nuestros modos de actuar.

El Evangelio de San Lucas nos cuenta la historia de un converso, Zaqueo, modelo de tantos como en la Historia se han visto seducidos por el amor a Jesucristo.

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría (Lc 19: 1-6).

Bastó ese detalle de Jesús, esa consideración cariñosa hacia un personaje que pertenecía a una clase social repudiada en Israel, para cambiar su alma y abrazar sinceramente la Fe. Eso le supuso no sólo restituir lo que previamente había ganado de modo injusto, sino hacerlo con creces: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más» (Lc 19: 8). En suma, Zaqueo no sólo

acepta a Jesucristo de un modo que podríamos llamar intelectual, como un maestro en temas morales, sino de un modo mucho más hondo, cambiando los hábitos que en su vida contradecían el mensaje de Jesús, y resarciendo los daños que habían provocado sus malas actuaciones pasadas.

Cualquier cambio en nuestra vida que sea realmente relevante implica abandonar ciertas cosas y hacer otras nuevas que, quizá nos resulten en un primer momento más costosas, pero que sabemos a largo plazo ayudarán a mejorar algún aspecto significativo en nuestra familia, trabajo o salud, y acaban produciéndonos una honda satisfacción. El cristianismo también implica renunciaciones, no cabe duda, pero estar junto a Cristo es una afirmación que nos depara una paz y alegría tan profundas que compensan con creces otras pérdidas. Nos dice el Evangelio que el reino de los Cielos es como «un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra» (Mt 13: 45-46). Este mercader de la parábola no se preocupa de lo que pierde, sino de lo que gana, no añora los ahorros invertidos, sino que mira con gozo el tesoro que ahora posee. Cualquier decisión que vale realmente la pena en esta vida implica un riesgo, supone un cierto salto en el vacío. Abrir nuestro corazón a Jesucristo también, pero compensa con creces sacudirnos nuestra vida, tal vez egoísta y cómoda, para encontrar una manera más plena y feliz de enfocarla.

Un cristiano que realmente ha encontrado a Jesús lo tendrá como compañero de viaje en todos los vericuetos de la vida, en sus gozos y en dolores, en sus fracasos y en sus triunfos. Es Él quien da brillo a un trabajo en apariencia monótono, quien enriquece la amistad, quien da sentido al servicio a los demás, quien refuerza el amor

conyugal, quien acompaña la soledad, quien fundamenta nuestro afán de ser eficaces en la sociedad que vivimos. También es la Fe lo que nos sostiene en los momentos de dolor y contrariedad:

Si tuviéramos más fe, muchas circunstancias que consideramos perniciosas podrían convertirse en unas ocasiones maravillosas para amar más, ser más pacientes, más humildes, más dulces, más misericordiosos, y para abandonarnos más en las manos de Dios (Phillipe, 2004: 45).

En definitiva, creer en Jesucristo es la motivación última de las acciones de un cristiano, aunque tantas veces las intenciones inmediatas le nublen, y sus acciones sean menos rectas.

Vivir de Fe también es tener una actitud abierta y generosa ante los demás. La Fe es un don, nosotros no la hemos merecido, tampoco son del todo responsables los que carecen de ella. Por eso, miramos con cariño a quienes no la comparten, y pedimos para que algún día reciban ese don. ¡Hay tantas personas no creyentes que nos impresionan por sus virtudes, su gentileza, su generosidad, su trabajo abnegado, su amistad sincera! Para ellos deseamos este don, porque estamos convencidos de que haría su existencia más gozosa, porque estaría anclada en un fundamento más sólido.

Finalmente, el encuentro de la Fe tiene repercusiones en el ambiente que nos rodea, porque quien ha encontrado un tesoro y es generoso, tiene afán por comunicarlo. Encontrarse con Jesucristo transforma nuestra existencia y nos empuja a transformar la sociedad en la que vivimos, haciéndola más plena, más humana y más alegre.

Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades (Papa Francisco, 2013a: n. 183).

La alegría es fruto de una satisfacción vital que nos viene de la confianza en Dios y de la apertura a sus criaturas. La Fe trasciende nuestra intimidad personal y se vuelca a los demás, en la amistad en primer lugar, pero también en el afán por crear una sociedad más justa, más cercana al bien común. Nuestros valores personales van más allá de la esfera personal y afectan a nuestras relaciones sociales, a nuestras tareas. La alegría también tiene manifestaciones sociales, en un optimismo vital que se funda en una profunda confianza de que Dios es el Señor de la Historia.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el primer capítulo de *¡Entusiásmate! Diez hitos para encontrar la alegría*, de Emilio Chuvieco. El libro completo recorre diez hitos, un itinerario para avanzar en el camino de la alegría desde la fe cristiana, y puede leerse tanto si la fe es una referencia firme como si ha quedado olvidada en el baúl de la adolescencia.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/entusiasmte-diez-hitos-para-encontrar-la-alegria

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Confianza y diálogo.** La amistad con Jesucristo como punto de partida, la alegría de la fe y la oración: para qué sirve rezar y cómo hacerlo.
- **Libertad, generosidad y frugalidad.** Por qué sin libertad no se puede amar a Dios, la mirada hacia los demás y el sentido de los bienes materiales.
- **Humildad, laboriosidad y abnegación.** Conocerse a uno mismo, el trabajo que nos ennoblece y trabajar junto a Jesús, y el sentido del sacrificio y del dolor.
- **Amistad y filiación.** Comunicar la alegría y ser amable, y la alegría permanente de sentirse hijo de Dios e hijo de María.

Con textos de Benedicto XVI, Juan Pablo II, el papa Francisco o San Josemaría Escrivá, y anécdotas personales del autor.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-946046-2-1



Escanea para comprar